

## **Solemnidad del Corpus Christi (14-06-26)**

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanas y hermanos:

Cada año celebramos esta fiesta que ya en diversos pueblos nuestros, como en Cusco y otras provincias, se ha celebrado. Y a nosotros nos faltaba porque nos tocaron los deberes que debemos cumplir como ciudadanos el día 7.

No podemos faltar a la cita de hoy porque recordamos que Jesús es nuestro alimento, y no podemos existir ni como creyentes, ni como cristianos, ni como humanos, si no recibimos en todo nuestro ser, en lo más profundo de nuestro ser, la vida de Dios a través de su alimento; el que Él mismo quiso que significara su entrega en la Cruz como servicio, servicio generoso y amoroso, y que solo se puede representar por un gesto de amor.

Tanto en su muerte redentora —tomando la condición de siervo, tomando la condición de esclavo, identificándose con nuestra condición humana como esclavo, identificándose con nuestros dolores—, como también en este signo que Dios nos da de que se entrega a nosotros para que lo comamos, y nos entrega su sangre para que la bebamos.

Siempre nuestra fe nos sorprende con signos tan elementales, tan sencillos, que se ponen a la altura de nosotros. Nuestro Dios tranquilamente hubiera podido transmitirse mágicamente a nosotros, como a veces pensamos que es lo divino. Muchas veces, las personas confunden lo divino con lo mágico, pero aquí no hay ninguna magia. Acá hay el recuerdo de algo real que Jesús hizo en esa Última Cena para hacer memoria histórica siempre de que Él es nuestro alimento, no solamente porque creemos en un Dios “en general”, sino que creemos en un Dios Padre que nos envió a su Hijo, que a su vez cumple su palabra de

estar con nosotros, perennizando su vida como alimento para que nosotros también sigamos su mismo camino: el camino de la vida eterna, la vida plena, el camino de la Resurrección; para que todos siempre recordemos que la última palabra de la vida no es la muerte, sino la Resurrección de los muertos. Todos estamos llamados a la vida.

¿Qué cosa nos abrirá el camino a la vida eterna? El mismo amor que Jesús nos tuvo, practicado y vivido por todos en unidad, como un solo cuerpo. Y esta imagen es muy linda porque se habla también de la Iglesia como cuerpo de Cristo. ¿Y cómo es nuestro cuerpo? ¿Cómo es el de Jesús? Un cuerpo que existe en diversidad de realidades: manos, ojos, pies, nuestros órganos internos, pulmones, cabeza, cerebro... Hay diversidad de miembros, pero uno solo es el cuerpo, y toda la humanidad tiene el mismo sentido.

Dios no es monótono ni estándar. ¿O acaso ustedes ven que nos creó “estándar”, es decir, todos igualitos? No, nos creó diversificados, con historias personales, con situaciones concretas, como la que fue la historia concreta y única de Jesús. Y Él nos dice que lo universal en todos nosotros es el amor, pero lo particular en todos nosotros es la cosita propia que cada uno tiene. Dios nos ama haciéndonos a todos diferentes para que, por medio del amor por el cual Él nos creó a todos, podamos apreciarnos y amarnos. Y la historia no terminará hasta que toda la humanidad, siendo diversificada, sea una sola humanidad por medio del cultivo de los sentimientos humanos más profundos que tiene el ser humano, y que están fundamentalmente en el amor. Evidentemente, el más grande de los humanos es el amor maternal, el primero de todos; pero también el amor de amistad, el amor del enamoramiento —inclusive si después uno no se casa con la persona—, el amor de la vocación.

Aquí tenemos a muchos sacerdotes - que han venido y que nos acompañan, les agradecemos haber venido hoy día – que están enamorados de lo que Dios los llamó, a veces sin darse cuenta uno tanto de que uno valía para esto; el misterio de la vida y el misterio que encierran ustedes también en sus matrimonios, en sus parejas, en sus familias. “¿Quién iba a pensar que me iba a enamorar de este o de esta?”, pensamos.

Eso hoy día en la humanidad es un clamor enorme, porque esta aceleración que tenemos del mundo, esta cantidad de redes y de cosas que tenemos, apuran todo y nos lanzamos a insultarnos, a prejuizar, a “chinear”, a “negrear”, a “cholear”, y nos destruimos unos a otros. La maravilla de esta fiesta es que nos permite volver a recordar que este alimento que nos da el Señor es el alimento de los hijos, que, recibéndolo, aprenden a hermanarse y ayudan a la humanidad a hermanarse.

El Papa León XIV dijo estos días en el viaje a la hermana República de España, han visto cómo ha hecho eco profundo en una sociedad que estaba bastante secularizada, de que las raíces del amor de Dios están presentes y lo necesitaba muchísimo. Ojalá pronto tengamos al Papa aquí para que nos lo recuerde. Por eso, hoy día, venimos con alegría a celebrar porque lo que más importa de esta fiesta es nuestra disponibilidad a ser alimentados por el Señor. Y, para eso, necesitamos no solamente acogerlo en la hostia y en el vino —que solamente algunas veces se da, que son el Cuerpo y la Sangre real de Jesús—, sino también en cómo se traduce esa comunión que hacemos.

Comulgar en la Sangre de Cristo y en el Cuerpo de Cristo es como una especie de alimento que nos da fortaleza para salir al Otro y compartir lo que tengo, generar relaciones, curar heridas, posibilitar que cada uno se sienta plenamente humano y feliz; especialmente, en un país en donde todos

realmente vivimos como ciudadanos de todas las sangres, de todos los pueblos, y donde, entonces, nuestra ciudad de Lima, sobre todo nuestra arquidiócesis, ha de convertirse permanentemente como ciudad, en una ciudad acogedora de todos.

Gracias a Dios, Lima es hoy día la ciudad quechuahablante más grande del Perú (antes era Cusco). Solo que a veces la escondemos, ¿no? Y tenemos que aprender a hablar quechua todos también, sin obligación, por vocación. Yo estoy queriendo buscar ahora un maestro que me enseñe eso, porque necesitamos comprendernos en nuestra lengua.

¡Qué difícil es que a uno le prediquen en una lengua que no entiende! Inclusive, a veces las lenguas propias de las que nos comunicamos parecen en “chino”, en el sentido que son difícil de comprender, o a veces se usa el lenguaje para la agresión, para “chancar” y ya nadie quiere escuchar.

Bueno, el Señor sabía comunicar su Palabra; y a través del pan vivo bajado del cielo, a través de la comunión que vamos a hacer ahora todos y a través de este peregrinaje que vamos a hacer a lo largo de la plaza —en que recordamos al Señor que camina y que su anuncio por el camino de la vida de toda la gente curaba a la gente—, Él era y es el pastor que ve el sufrimiento de sus ovejas y las ayuda. Así hemos de ser todos nosotros: otros “Jesuses” y otras “Jesusas”. Aprendamos a hacer esas relaciones.

Hace un momento, el padre Roy Cutire, me acaba de pasar un papelito en donde dice que hay más de 1700 kilos de víveres para las ollas comunes, cunas y comedores parroquiales. Estamos muy agradecidos a ustedes. Vamos a aplaudir a todo nuestro pueblo generoso. Y es que no podemos separar la comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo de la comunión viva de nuestro pueblo y nuestra

sociedad que necesitan unidad y necesitan corregir, como todos necesitamos corregir errores que hemos cometido.

Por eso, hoy día, alegrémonos, porque al pasear con el Señor a lo largo de esta preciosa plaza recordamos que el corazón de Lima está para que el corazón de Jesús llene la vida de todos. Y así vayamos aprendiendo juntos cómo generar felicidad en el corazón de todos los peruanos. Por eso, Lima tiene una vocación: el servicio generoso a todos nuestros pueblos alejados; acogedora, sencilla, amigable. Y todavía queda pendiente esa gran tarea de ir superando la Lima "sobrada", la Lima de "Kiko", la que dice: "¡Chusma! ¡Chusma!". Eso hay que superarlo.

Que Dios los bendiga a todos y los proteja. Les anuncio que la procesión esta vez la voy a llevar en el corazón con ustedes porque debo ir de viaje; tengo que encontrarme con el Santo Padre porque tenemos el Consistorio. Monseñor Guillermo Elías va a quedar como obispo *in totum* por estos 20 o 25 días que voy a estar fuera.

¡Dios bendiga a todos los limeños y a los peruanos para que seamos una sola carne, un solo corazón, una sola vida!

Amén.